



**Rotker, Susana**

*La invención de la crónica*

México: FCE-Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano, 2005.

SUSANA ROTKER PLANTEA EN ESTE LIBRO dos cuestiones sumamente polémicas: la primera, que entre el periodismo y la ficción no existen fronteras; al contrario, se encuentran entrelazadas en la crónica; la segunda, que ese puente de unión no lo instituyeron, como se dice, los estadounidenses que denominaron su actividad como “nuevo periodismo o literatura de no ficción”: Tom Wolfe, Truman Capote y Norman Mailer, entre otros, sino que se funda desde el siglo XIX con el nicaragüense Rubén Darío, el mexicano Manuel Gutiérrez Nájera y, sobre todo, el cubano José Martí. Es así como la autora reconstruye la evolución de la crónica como un género específico de América Latina, que permite la profesionalización del escritor y crea una nueva forma de narrar.

La creación periodística de Martí, junto con la prosa de Darío y Gutiérrez Nájera, constituyen el argumento con el que Rotker explica la génesis de la crónica modernista. Esta investigación focaliza sólo los textos de la época modernista, puesto que allí surgió su conformación particular como encuentro entre el periodismo y la literatura. El término *crónica* ya se usaba desde el comienzo mismo de la literatura hispanoamericana con los cronistas de Indias, pero no contemplaba la inmediatez del periodismo. Es decir, la crónica, no sólo como género literario, sino como pionera e introductora de una nueva forma de reportar los más variados acontecimientos en las sociedades latinoamericanas, transformadas indiscutiblemente en los últimos años del siglo XIX.

La crónica expresa el sincretismo modernista. Toda técnica plástica se incluye como parte del retrato narrativo-descriptivo del nuevo periodista: el claroscuro de Gutiérrez Nájera, el impresionismo y expresionismo de Martí o el simbolismo de Darío. Pero siempre atentos a no reproducir el costumbrismo del arte en boga ni los regionalismos de la pintura ocupada en la imitación de formas. Estos escritores-periodistas manifestaron en su obra las aspiraciones de una época y una generación que quería despejar y andar sus propios caminos. Los poetas eran, a la vez, redactores y corresponsales, y supieron combinar literatura y periodismo en su justa dimensión.

La autora observó que en la producción y escritura de este selecto grupo se hallaba el origen de una aventura, la cual, además de romper viejas estructuras narrativas aportó, desde el seno del periodismo, un novedoso y diferente modelo de expresión. Textos en apariencia perecederos, escritos ex profeso para el cierre de alguna edición periodística, resultaron obras fundacionales de la excelencia en la escritura periodística latinoamericana:

La crónica —apunta Rotker— es un producto híbrido, marginado y marginal, que no suele ser tomado en serio por la institución literaria ni por la periodística, en ambos casos por la misma razón: el hecho de no estar definitivamente dentro de ninguna de las dos. Los elementos que una reconoce como propios y la otra como ajenos sólo han servido para que se la descarte, ignore o desprecie precisamente por lo que tiene de diferente (225).

Por medio de la crónica, como punto de inflexión entre el periodismo y la literatura, se cree que la forma de interpretar o de concebir la autonomía de los discursos ha producido ambigüedad en los modos de delimitarlos, sobre todo a la crónica literaria. La “realidad” ha quedado para otras disciplinas, como si lo estético y lo literario sólo pudieran aludir a lo emocional o imaginario, como si lo “literario” de un texto disminuyera en relación con el aumento de la referencialidad, como si los otros discursos escritos estuvieran exentos de ser también representaciones, configuraciones del mundo, racionalizaciones, elaboraciones que encuentran tal o cual forma de acuerdo con la época. “Se ha confundido lo referente real con el sistema de representación, como si lo objetivo de un texto fuera ‘la verdad’ y no una estrategia narrativa” (226).

Rotker concluye que la crónica, con su insoluble hibridez, las imperfecciones como condición, la movilidad, el cuestionamiento, el sincretismo y esa marginalidad que no cesa de acomodarse en ninguna parte, son la mejor

voz de una época —la nuestra— que a partir de entonces sólo se sabe que es cierta la propia experiencia, que se mueve disgregada entre la información constante y la ausencia de otra tradición que no sea la de la duda. Una época que vive —como los modernistas— en busca de la armonía perdida, en pos de alguna belleza (230).

*La invención de la crónica* es el resultado de un arduo trabajo de investigación, selección y análisis para reivindicar el papel de la crónica en el devenir y consolidación de lo que hoy conocemos como periodismo moderno o de vanguardia. Es también una invitación a poner en duda los propios hábitos de lectura y métodos críticos. (MGPG)